



Informe de Investigación

ORFANIDADES: EL NARCISISMO DE LA CAUSA PERDIDA

EDUARDO S. SULLIVAN

RESUMEN

El trabajo forma parte de una investigación mayor sobre el tema Duelo y Constitución Subjetiva. A partir del lugar enigmático que abre la identificación al objeto causa en el duelo, se intenta ligar estas operaciones psíquicas al advenimiento del Sujeto deseante, en el marco de la conceptualización lacaniana que resulta de *El Seminario Nro VI El deseo y su interpretación (1958)* y *El Seminario Nro X La angustia (1962)*, respecto de la tramitación de las pérdidas. En particular se investiga las dificultades de algunas subjetividades para la elaboración del duelo partiendo del trazado de las marcas tempranas, para acceder así a la clínica del acto que esta dimensión contempla. Se indaga sobre la constitución de la falta, el agujero central, como condición de posibilidad para la marca sobre el sujeto.

Palabras clave: Duelo; Privación; Identificación primaria; Objeto causa; goce.

ORPHANAGES: THE NARCISSISM OF THE LOST CAUSE.

SUMMARY

This work is part of a greater investigation about the topic Mourning and Subjective Constitution. From the enigmatic place that opens the identification of the object which causes the mourning, we try to join these psychic operations to the advent of the Wanted Subject, in the framework of the Lacanian conceptualization that results from The Seminar number VI, The Desire and its Interpretation (1958) and The Seminar number X The Anxiety (1962), related to processing of the Loss. In particular we investigate the difficulties of some subjectivities for the elaboration of the mourning starting from the tracing of the early marks, to gain access to the clinic of the act that this dimension considers. We investigate about the constitution of the Loss, the main hole, as a condition for the mark of the subject.

Key words: Mourning; Privation; Primary Identification; Object cause; pleasure



Introducción

El trabajo tiene como objetivo plantear la revisión de las operaciones psíquicas que se producen para que el Sujeto logre su resta del lado del objeto de goce del Otro. Esa causa que opera desde antes de la lógica del estadio del espejo nos indica la posibilidad de pensar que el ojo del Otro ofició desde la mirada amorosa, deduciéndose entonces como consecuencia que efectivamente hubo marca, resultando de ello la división subjetiva. Realizaremos esta lectura desde la perspectiva de las identificaciones, en su faz de soporte de una clínica para poder comprender cómo se opera con aquello que no tiene forma de inscribirse, ni de decirse: es decir la presencia de lo real, aquello que denota la necesaria resta de goce. “El discurso analítico está hecho para recordarnos que el acceso a ese real del que hablo es lo simbólico. A dicho real sólo accedemos en y mediante ese imposible que sólo define lo simbólico” (Lacan, 1971-72 pág 139).

Por otra parte, nos parece trascendente revisar esas dimensiones de la constitución subjetiva para poder pensar algunas problemáticas que se desprenden del acto analítico y de la clínica del acto en el contexto que enmarcan los vaivenes de algunos duelos. La indicación que realiza Lacan cuando trabaja *El seminario X La angustia (1962)* con respecto al lugar del sujeto como objeto de deseo del Otro y sus consecuencias en la línea de la inhibición, *acting out*, pasaje al acto en sus variadas relaciones con la angustia, nos permitirán acercarnos a la clínica del acto que quedan ligadas a las fluctuaciones que van por el lado del Sujeto o del objeto *a*, en el contexto de la ruptura fantasmática. Intentaremos



introducir ahí la enigmática identificación que resulta de la función del duelo como condición de estructura para acercarnos al concepto de causa y desandar las operaciones que rodean a la primera identificación en virtud de comprender su lugar en la constitución del Sujeto.

Desarrollo

El duelo de Hamlet y la identificación con el objeto.

Los procesos subjetivos que movilizan los duelos no son ajenos a la identificación en el contexto de la conmoción que se produce a nivel de $i(a)$. Contar con la operatoria del $-\phi$ permite el enlazamiento desde esa falta con toda posible relación con el objeto amado perdido. Al perder el objeto de amor se pierde también aquello que sostenía la imagen especular es lo que oficiaba como sostén narcisístico. Si esta reserva libidinal no está a cuenta del Sujeto, no se podrá avanzar debidamente sobre el proceso de desasimiento de las huellas con el objeto. Ese capital de lo imaginario enriquecido nos ubica en la certeza de que hubo Otro que sostuvo ese andamiaje desde su causa y que habló suficientemente. Una clínica que se soporta en las identificaciones intenta avanzar sobre la cifra de goce en pos de la operatoria de la escritura del Sujeto. El trabajo de duelo avanza sobre la inmensa tarea de encontrar en lo que se perdió la diferencia, poniendo en cuestión la labor con las primeras marcas y con la retórica del inconciente que deja entrever la cifra de goce. La elaboración del duelo podría ser pensado también como un paso por la escritura neutra. Es decir, que una vez



que se lo haya trabajado y elaborado psíquicamente, perderá su *quantum* y por ello no causará el mismo dolor. Se trata de un paso que avanza desde la ornamentación fálica que poseía a la nada.

Como sabemos en lo real nada falta, salvo el mismo falo que la introduce, eso es la privación. No hay duelo posible en ausencia del padre, la castración queda suspendida mientras dure la conmoción que supone la emergencia de la falta real. Ese proceso de articulación sobre el terreno de la falta simbólica, abona la posibilidad de la construcción de nuevas coordenadas para el objeto fálico, que deberá localizarse otra vez en la estructura. Esa dimensión del objeto que aparece suspendida durante el proceso del duelo debe ocupar la escena de la vida, para que el Sujeto pueda reencontrarse con las ficciones y jugar nuevamente la chance de su deseo.

¿Cuál es el destino de lo que se escribe en el duelo? Su destino último no es sólo para ser leído, sino también para ser destruido permitiendo de ese modo ser olvidado (letrina). “La conjunción fortuita, inesperada, de ese algo que es el escrito, y que tiene estrechas relaciones con el objeto, da a toda conjunción no acertada de escrito el aspecto de bote de basura” (*poubelle*). (Lacan, 1965, clase 3 p. 4). En ese resto que surge de la escritura resuena el saldo de nuestra constitución como Sujeto en el Otro.

Lo que cesa de no escribirse supone un acto que da por muerto al muerto, dando lugar a lo que no deja de no escribirse del lado de lo real y a lo que necesariamente deja de escribirse del lado de lo



simbólico. Se constituye entonces un triple anudamiento donde lo imaginario del amor toma cuerpo en la escena y da su doloroso sentido a la pérdida. *Esta escritura no escribe lo real de la muerte sino que hace que el parlêtre sea escrito por ella* (Lovov, 2010, p. 33). La cursiva nos pertenece.

La identificación con el desaparecido (al rasgo) abona el fantasma y desde allí al síntoma. No es una cuestión de pérdida a secas como la enunciaba Allouch (1998) es decir, que conmueve la operatoria de las identificaciones que sostenían al sujeto. Sin embargo Lacan introduce de la mano de Freud una identificación más enigmática cuando trabaja la función del duelo en el contexto de *El Seminario X La angustia*.

La finalidad que Hamlet persigue al propiciar el armado de la *play scene* – según lo que propone Lacan- es montar una escena dirigida a sí mismo para intentar conmover al sujeto y producir un acto. En esa parodia se representa a él mismo asesinando al rey, e intentando por la vía del i'(a) salir al ruedo. Hamlet confrontado con la imposibilidad de actuar conforme a la demanda del padre, cae en un estado de desorganización lo que a su vez destaca la insuficiencia del espejo para que por sí solo, alcance para concretar la realización del acto. Si lo pensamos desde esta perspectiva podemos advertir lo que Lacan señala como mecanismo capital de la función del duelo en la constitución del deseo: la identificación con el objeto, siguiendo la referencia freudiana. En *El seminario VI*



El deseo y su interpretación relaciona al duelo con la privación y por su intermedio con el significante fálico. El problema clínico que plantea Hamlet es que no se sale de la inhibición por la vía de la identificación con el Φ , sino con la identificación con el objeto, camino que el duelo abre como perspectiva de estudio.¹

Rabinovich (1993) destaca que la respuesta a la inhibición de Hamlet no es por la vía de $i'(a)$ –frustración imaginaria- ni tampoco por la del falo simbólico, sino a través de la identificación *con el objeto como perdido*. Alguien sólo puede advenir objeto ocupando la causa de deseo, una vez que el Otro lo perdió como objeto de goce. “No podemos ser causa de nada sin haber sido perdidos, porque nos constituimos como objeto *a* en tanto que hemos sido perdidos. [...] Sólo en la pérdida se constituye el objeto en relación con el deseo” (Rabinovich, 1993 pág. 59).

El sujeto no puede encontrar salida vía el acto si no se identifica a la causa del Otro. En *El Seminario VI El deseo y su interpretación* podemos leer en las clases dedicadas a Hamlet el lugar que ocupa el deseo de la madre en el drama. Hamlet se encuentra tironeado entre el fantasma vengativo de su padre y el goce de su madre que invalida la posibilidad de sostener la escena mortuoria que indique que algo se perdió. Un padre absolutamente tomado por la demanda materna y que, a sabiendas de su condición, no logra erigirse como causa de esa

¹ Diana Rabinovich trabaja minuciosamente estas ideas en el texto “La angustia y el deseo del Otro” editado por Manantial en el año 1993. Tomaremos de la autora el planteo que realiza para poder entender este mecanismo.



mujer, arroja a Hamlet al horror por comprobar su ineficacia. Ese “saber” de Hamlet y de su padre no conduce al acto ya que el deseo del Otro en cuanto tal no puede ser atrapado por esa vía.

Cuando Lacan sostiene que la identificación con el objeto del duelo es central, no se refiere a que uno se identifique con ese objeto como causa, porque ese objeto no es causa del deseo del sujeto. Uno se identifica con ese objeto, en tanto que el Otro barrado, ese Otro deseado como deseante, desea ese objeto. La identificación con el objeto perdido es la identificación con la falta en el Otro (Rabinovich, 1993, p.61).

Lacan introduce en la *Subversión del Sujeto...* (1960) el concepto “narcisismo de la causa perdida” indicando que no hay peor posición que la de no causar a nadie. Matar u odiar es preferible a la indiferencia. Para ser un dueloante primero se debe haber perdido el lugar de objeto de goce del Otro, es decir establecer una relación de causa con el deseo del Otro. ¿Cómo podríamos pensar esta clínica en la que se escucha la indiferencia de la que se fue objeto? Esa orfandad ¿habla de la caída de las referencias imaginarias y por ende de los ideales del Otro?

Seguimos a Hartmann (2011) en su pregunta sobre el acontecer del narcisismo de las neurosis traumáticas en relación a “los peligros que constituyen la realidad psíquica por déficit en la estructura parental, vale decir el rechazo,



como Lacan lo trabaja en su conferencia sobre el Síntoma” (Hartmann, 2011 pág. 45). Más adelante expresa las consecuencias que devienen de las pérdidas tempranas para la constitución del yo, como un exceso que no logra redistribuir la excitación que produce generando una relación compleja con la angustia y con el Nombre-del-Padre.

La frustración de amor está articulada con otras formas de la falta de objeto: privación y castración que garantizarían, operando en conjunto la simbolización del objeto. [...] En el artículo Lo perecedero, Freud nos aporta algunas cuestiones respecto del duelo. Allí se entrevé el peso de la frustración de goce como forma de la falta clínicamente observable que produce una estasis de la libido en torno del yo y algún objeto perdido con el cual, aunque sea temporariamente, se ha identificado (Hartmann, 2011, p. 46).

El duelo en relación a la falta en el Otro tiene que producirse en dos perspectivas. La primera indica la pérdida en el campo del Otro: perder el objeto de goce; sólo así será posible el duelo del sujeto por el mismo lugar de causa que ocupaba en relación con la falta en el Otro.

Algunas situaciones clínicas que se desencadenan ante las pérdidas nos demuestran sujetos que no puede cumplir con los ideales del Otro; son huérfanos que no cuentan con las marcas necesarias para poder elaborar un duelo. El saberse causa de un deseo es lo que promueve al acto. La muerte de Ofelia para



Hamlet significó en su pérdida el encuentro con el deseo. Según Rabinovich la identificación que se juega allí no es la histérica, ni al objeto *a*, sino a la causa perdida. Esta identificación remite al agujero, a lo no representable, al vacío, al agujero en el Otro.

El vacío como causa.

Lacan diferencia dos tipos de narcisismos: el primario constituido por la imagen real que viene del Otro y que permite separar el goce animal; el secundario regido por el Ideal del yo, que proviene de la causa en el Otro.

La posición melancólica inicial deviene de las marcas constitutivas y por ende con la capacidad de hacerse objeto del deseo del Otro. Esa resta del lado del Otro para que el *infans* no quede como *+a*, completando su barradura, lo hemos conceptualizado como “fetichización del niño”² haciendo referencia a esa operatoria necesaria para que el Otro pueda duelar al niño como objeto de su goce. Ese duelo estructural abre la posibilidad de que oficie la identificación primaria y con ella la corpsificación del soma y el enlazamiento simbólico para la inscripción del sujeto por venir. La posibilidad o no de contar con el significante fálico designará los efectos en el sujeto en la medida en que pueda producirse esa donación de la falta. La salida de lo imaginario especular es a cuenta de poseer un lugar en el Otro que oficie como ordenador en el plano simbólico. La primera

² A propósito de este tema se puede consultar, Sullivan, E. (2014). Duelo y Subjetividad. Clínica del estrago. Colección Bitácora. Cuadernos del analista. Mar de Plata: EUDEM.



identificación a la insignia del Otro como don de amor (frustración de amor) nos asegura que hubo donación del Otro; esos dones permiten pasar de la frustración de goce a la de amor.

Ese primer narcisismo que señalábamos más arriba, asigna una unidad que permite toda posible escritura posterior (Uno). Lacan insiste en la incorporación de las marcas, referenciándolo a los incorporales de los estoicos: incorporar la marca del significante. Sólo en el campo del Otro es donde podemos hallar su lugar y si ella operó o no. El vacío que oficia en causa va horadando al sujeto, para que se pueda trabajar con las identificaciones y salir de las afirmaciones tautológicas, “desde que murió mi padre nada fue igual”. Todo trabajo clínico deberá pasar por la lógica del No-todo cuestionando la consistencia del “saber” y del “pensar”, traspasando las marcas del saber- no- sabido. Esto se encuentra en discordancia con la idea hegeliana que avanza hacia un todo con superación y síntesis. La correlación del acto es con el “deseo de no saber”.

El cero y la falta.

El rasgo unario es la capacidad que tiene el significante de escribir la diferencia absoluta que parte del cero y por ello queda por fuera de la cadena.

[...] el uno comienza en el nivel de que hay uno que falta.

El conjunto vacío es entonces estrictamente legitimado por ser, si me permiten, la puerta cuyo franqueamiento constituye el nacimiento del Uno, [...]. Lo que constituye el Uno y lo que lo justifica es que se



designa solamente como distinto, sin otra referencia calificativa.

Porque solo comienza a partir de su falta (Lacan, 1971-72, pág 143).

Es un signo que indica que hubo asentimiento del Otro; el Otro marca, y de ello deviene un exceso de goce de la madre que tiene que ser rehusado. Ese vertedero de las representaciones representativas que atrapan al Sujeto está lleno de basura con la que hay que operar para que el sujeto se logre desprender. Esa separación del cuerpo del Otro tiene como producto un vaciamiento. “Lo que está en juego en ese Uno repetido [...] es estrictamente nada, a saber la puerta de entrada que se designa por la falta, por el sitio donde se hace un agujero” (Lacan, 1971-72t. pág 144).

Primero existe una incorporación del vacío y sobre él el rasgo unario. Es necesario operar con ese vaciamiento del Otro para que se logre la chance de escribir de otra manera. Estas marcas primeras ofician en dos tiempos:

La falta que opera en la madre es aquello que deviene en Deseo de la madre.

Identificación con el Padre muerto, que introduce al sujeto en un linaje. En correspondencia con el narcisismo primario, donde se produce la fijación de la pulsión y la constitución del cuerpo real. En ese aspecto se hace necesario la presencia de un agujero como resultado operando, sino la consecuencia será el autismo.



Si consideramos [...] (al) fallo como lugar identificatorio, [...] la identificación amorosa del padre como identificación al Φ con el estatuto que tiene a partir de la lógica de la sexuación opera como función en dos lugares: como soporte del goce y del deseo y garantiza la inscripción del todo existente en el conjunto de los que cumplen con esa función o sea en relación con el lenguaje regido por las leyes del mismo, diríamos que es estos casos esta identificación aunque abierta, está lograda (diferencia con las psicosis) (Hartmann, 2011, p.102).

La identificación primaria es una primera marca montada sobre una ausencia que hace que el goce se separe y haya cuerpo por medio del lenguaje. Aparece marca con algo que se borra, es un modo de escribir en el cuerpo, en la dirección del borramiento de goce. Si seguimos ahora a Silvia Amigo (2003), nos apoyamos en sus hipótesis cuando explicita que ese vasijamiento del cuerpo que constituye el agujero central y la imagen real de cuerpo, oficia como caída del *a* en cuanto tal, previa adquisición de las formas del objeto, haciendo posible que se puedan cavar los orificios por donde la pulsión circule. Esta falta fundamental que indica ese *a* inicial, sólo es posible si resuena en la madre la voz del Padre muerto, el Ur, como versión que la liga a su propio paso edípico.

El trabajo de duelo avanza sobre la pregunta en el deudo por los rasgos que le son propios y cuáles son del desaparecido. Cada vez que el analista



detecta un rasgo indica un punto de alienación que por la lógica del fantasma lo conduce a la separación. El sujeto tomado por el “yo no pienso” se hará cargo de su división, en la dirección de la travesía del fantasma para que por medio del acto analítico pueda dividirse entre S1 y S2. La caída de goce se produce por la operación de viraje desde el discurso amo al discurso analítico donde el S1 quedará como producto.

Conclusiones preliminares:

Las Orfandades a las que aludimos implican la posibilidad de contar con cierto sostén del padre para poder elaborar las pérdidas y que desde su inscripción el Sujeto haya ocupado el lugar del ideal para ubicarse en causa con su deseo. Para que estas condiciones operen será necesaria la resta de goce del Otro como condición de advenimiento del sujeto deseante.

El duelo tiene la particularidad de poner en juego las operaciones fundantes del psiquismo y con ello la relación del Sujeto con el significante, con la falta y con el objeto causa. Es decir que tienen que producirse marcas desde el campo del Otro y del Sujeto para que pueda elaborarse una situación de pérdida.

Siguiendo a Lacan nos advertimos que la privación en el duelo es la forma de la falta ligada a la pérdida en lo real del objeto simbólico. Si el significante fálico está en relación con la privación ¿Cómo conjugar los campos de la constitución del narcisismo con el advenimiento del sujeto deseante?



Las relaciones entre identificación primaria y privación pueden darnos una línea para pensar estos momentos: sólo habrá falta simbólica si hubo identificación primaria. Ese es el piso desde donde se constituiría el narcisismo por efecto de la escritura sobre ese primer vacío en causa que denota que hubo marca: *Significante fálico Φ* .

El otro plano de la falta en el duelo es su relación con la castración (falta imaginaria): – ϕ . Que la visión se ciegue (*invidere*) y se constituya en mirada permite la salida del fondo del espejo, porque algo ofició en falta para el niño desde el Otro simbólico. Esa resta permitirá la construcción de las ficciones que estabilizan el marco fantasmático que todo duelo conmociona. Las ficciones suturan el resquebrajamiento del espejo.

Si la castración opera, indica que ante la pérdida, el duelo puede ser una respuesta posible escribiéndola como falta en el campo de la neurosis; supone además la presencia de la ley como orden y límite. El duelo cuestiona y pretende un más allá del padre. No hay objeto que lo colme, está irremediablemente perdido y tensiona con la prueba de realidad que intenta restituirlo por medio de “las alucinosis”. La articulación privación castración con las otras formas de la falta (frustración de amor) permiten que se dé por perdido lo perdido y avanzar sobre la escritura de la falta.

El sujeto del duelo se vincula además con la identificación con la causa del deseo del Otro: objeto (a). “Sólo estamos de duelo de aquel que podemos decir: yo era su causa”. La causa sólo se constituye ante el duelo en el Otro. Si no ofició



esa pérdida del *infans* como objeto de goce, no será posible el duelo por el falo, ya que no habrá falta en juego. Para que esa falta medie como Deseo de la madre, ella debe estar atravesada por la deuda con el Padre muerto.

El acceso al deseo será por la vía de la identificación con el objeto en causa del Otro.

Una cosa es transitar el duelo como Hamlet y otra como Edipo. Como Hamlet “sabía” no podía arribar al acto; esa deuda inexpiable por el padre lo arroja al Deseo de la madre. Su imposibilidad reside por el atrapamiento en la demanda del padre que pide venganza pero a su vez, en el orden de su deseo no dice nada. Por el contrario le muestra al príncipe que como causa de deseo, su padre era un fracaso. Eso es lo que perturba a Hamlet: queda pasmado ante esa realidad que lo emparenta con el Deseo de la madre.

El paso por la lógica del No-todo, posibilita la hendidura del Sujeto y desde ella el reencuentro con la necesaria división. El trabajo con las identificaciones como soporte de una clínica, radica en el avance sobre lo real del goce que no puede escribirse ni decirse, como saldo de nuestra constitución como sujetos en el Otro.



Referencias:

Allouch, J. (1998/2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Bs As: El cuenco de Plata.

Amigo, S. (2003). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*. Bs As: Homo Sapiens.

Hartmann, A. (2011). *No se vuelve loco el que quiere. Vicisitudes de las afecciones narcisistas*. Bs As: Letra Viva.

Hartmann, A et al. (2014). Una aproximación al estudio de las marcas tempranas. En *El malentendido de la estructura*. (pp.17-25). Bs As: Letra Viva.

Lacan, J. (1958/2015). *El Seminario Nro VI. El deseo y su interpretación*. Bs As: Paidós.

Lacan, J. (1960/2010). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Escritos II. Bs As: Paidós.

Lacan, J. (1961). *El Seminario Nro IX. La Identificación*. Inédito. EFBA.

Lacan, J. (1962/2010). *El Seminario Nro X. La angustia*. Bs As: Paidós.

Lacan, J. (1965). *El Seminario Nro XIII. El objeto del psicoanálisis*. Inédito. EFBA.

Lacan, J. (1971/ 2010). *El Seminario Nro XIX ...o peor*. Bs As: Paidós.

Lovov, J. (2010). La escritura del duelo. *Conjetural. Revista de Psicoanálisis*. Editorial Sitio. 53, 31-38.

Rabinovich, D. (1993). *La angustia y el deseo del Otro*. Bs As: Manantial.